

# REVISTA LITERARIA

## DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

### EL SISTEMA DEL DOCTOR GALL.

CUENTO.

I.

En uno de los hermosos valles de Asturias, en que la naturaleza parece haber desplegado toda su magestad y sus encantos, está situada una pequeña aldea á los pies de una elevada montaña, en cuya cresta hay un viejo castillo, resto vergonzoso de la tiránica dominacion feudal. Un humilde rio fecundiza aquel pais delicioso, y hace brotar por todas partes frutos y flores que perfuman un ambiente puro y lijero, y atraviesa el valle, en medio del cual, y á corta distancia de la poblacion, hay dos figuras colosales de piedra, que á cualquiera parecerian de noche un hombre de pie con los brazos sobre el pecho, y una mujer sentada junto á él. Es en extremo difícil decidir como la naturaleza ha podido trabajar aquellas dos masas informes, y de todo punto imposible marcar esactamente los infinitos años con que el arroyo (al que nos parece deben su orijen) habrá podido tallar aquella piedra y separarla de la montaña que domina á la aldea; pero sea de ello lo que se fuere, el caso que vamos á referir á nuestros lectores nada tiene que ver con la piedra, ni con lo pintoresco del valle, cuya lijera descripcion hemos hecho solo por haber habitado y muerto en él nuestro protagonista.

Érase un hombre de ochenta y dos años de edad, alto, enjuto, que habia entrado de cadete el año de 1793, y el 34 se habia retirado con una charretera á la izquierda. En medio de las continuas intrigas y adulaciones con que habia podido conseguir sus rápidos ascensos, no habia dejado sin embargo de cultivar sus facultades intelectuales, que corrian

parejas con sus adelantos en la milicia. Para consagrarse profundamente al estudio de las ciencias, al que por desgracia era tan apasionado, elijió por morada el sitio de que hemos hecho mencion, y en sus trasportes de júbilo exclamaba, porque tambien entendia algo de achaque de soliloquios: ¡Lugar de bendicion! ¡Naturaleza hermosa! ¡qué manantial tan fecundo de meditaciones eres para el filósofo! El alma al contemplarte se eleva como..... su escasa y prosáica mente no le ofrecia ningun punto de comparacion, y el hombre sudaba la gota tan gorda, y las pocas ideas que tenia en su caletre como tan holgadas y sueltas, y tan vivamente escitadas, le golpeaban, permítasenos esta frase, las paredes del cerebro. En aquella lucha horrible de su amor propio con su nulidad quedó por fin vencido, y su boca pronunció maquinalmente una de las pocas ideas que habia en su cabeza: descansen sobre las armas, y entonces mirando en torno de sí, se halló como el primer hombre, desnudo (es decir, mal vestido) y sin una compañera; la última necesidad no hubiera sido difícil satisfacerla, pero la primera presentaba algunos mas obstáculos, y ademas su instinto le hacia barruntar un próximo atraso de pagas, por lo que se decidió á buscarse una mujer acomodada, ya que no podia sacarla de una de sus costillas.

El oficial conocia perfectamente todo lo desventajoso de su posicion para nuevos amores, pero recordando los antiguos, y sabiendo por esperiencia que una charretera es un precioso talisman para las muchachas, y que á pesar de que en sus hombros no debia sentar muy bien, ellas no se paran en quien la lleva y creen que es oro todo lo que reluce, se decidió á ponerse de gala, y á echarse á rondar por aquel pueblo de Dios á toda mozueta, ó viuda sin hijos que pudiese haber á las manos, y no le salió del todo mal su estratajema, pues á pesar de sus ochenta y dos del pico, y su mala catadura, encontró una viuda, que si no de mejor talante que el de él, al menos tenia algunas medallas de Carlos III, que no habian visto el sol



en muchos años. Se amaron, y por no meterme en honduras, solo diré que la Iglesia legitimó su pasión.

## II.

¡Vál! tenemos á nuestro veterano dedicado exclusivamente al estudio, y leyendo cuantos papeles, de cualquier género que fuesen, podía cojer. Un dia, no sé por qué medios, se hizo con un periódico de política, cuyo folletin contenia algunos experimentos del galvanismo, que le dejaron asombrado, y desde aquel momento todas sus indagaciones, todos sus cálculos, todos sus estudios se dirijian á columbrar algo de lo que tanto le habia sorprendido; y se perdía inútilmente en conjeturas con el cirujano, quien á pesar de no tener mas noticias de aquel fenómeno que las que en el periódico le habia leído D. Hermójenes (este era el nombre del oficial) aseguraba que era lo mas sencillo del mundo aplicar el aparato galvánico, y hacer resucitar á un muerto, con tal (como decia aquel Galeno) de que no estuviese completamente muerto; estas pláticas y otras sacaban de quicio la corta razon de D. Hermójenes, que ya en secreto deseaba que su mujer muriese para hacerla resucitar, y á tanto llegó su locura, que un dia la propuso ahogarla para tener el gusto de devolverla luego la vida.

Fácil es conocer el agrado con que seria recibida aquella proposicion por su cara mitad, y mas fácil si se añade á esto un si es no es de repugnancia que la causaba ya un marido, cuyo prisma, es decir, cuya charretera habia desaparecido con el tiempo: pero afortunadamente para ella el viejo estudioso recibió un trimestre de Semanarios pintorescos, y en uno de sus números vió con asombro la esplicacion del Sistema del Doctor Gall, de que ya tenia algunas noticias. Aquel inesperado encuentro fijó toda su atencion, y desde entonces su única ocupacion era llevar perpetuamente el dichoso número debajo del brazo, y tentar la cabeza de cuantos encontraba por las calles. Y era de ver, por vida mia, á un hombre de su edad desatentado y corriendo por aquel pueblo de Dios, buscando jente que se sometiese á un exámen detenido para confrontar las protuberancias de sus cráneos con los numeritos y rayas, que tan detenidamente habia estudiado.

Se hallaba á la sazón en su casa un primo de su mujer, quien no pudiendo resistirse á las continuas instancias de su huesped, dejó con paciencia evangélica que este le manosease á su sabor la cabeza, quien halló por resultado de sus investigaciones, que aquel pobre hombre tenia muy desarrollado el órgano musical; (el infeliz no habia podido aprender á tararear unas malas seguidillas en mas de seis meses) y siguiendo el enmarañado hilo de sus observaciones sobre el cráneo del paciente, acabó por afirmar que jamás cabeza humana habia sido mas perfecta, que en ella estaban completamente desarrollados los órganos de la prevision, del talento, de la benevolencia, y finalmente de todas las buenas cualidades, que es tan raro encontrar reunidas en una persona sola.

Soy completamente feliz, esciamaba en sus tras-

portes de alegría. Si; ya tendré un discípulo que me honre, mi nombre pasará á la posteridad, y.... ya puedo poner en planta mi proyecto. Mira, Blas, así se llamaba el primo de su mujer, querido Blas, tu eres un prodijio de la naturaleza, tu ignoras aun lo que vales, pero pronto, muy pronto serás el primer hombre del mundo, despues de que me hayas hecho resucitar.—Callen! respondió el asombrado palero, pues se ha muerto su merced acaso?—No, aun no, pero dentro de dos horas ya no existiré.—Dios mio! un señor tan bueno! Y el infeliz lloraba á lágrima viva.—No te aflijas, hombre, que aunque yo muera, no moriré sin embargo.—Ah! pues entonces.... dijo Blas algun tanto consolado con estas palabras.—Acabo de recibir un magnífico aparato galvánico, y voy á enseñarte como se ha de hacer su aplicacion; despues que lo hayas aprendido, en lo que no tardarás un cuarto de hora, segun el talento prodijioso que he notado en tí, tomaré yo unos polvos, los cuales me harán morir para que tú me resucites, y así que este suceso llegue á saberse, nos colmarán los soberanos y los grandes señores de honores y riquezas.—Pues si es como me dice su merced, enséñeme pronto á resucitar; que aqui para mis adentros pienso que muy provechoso seria á todos saberlo hacer: con que al avio, tome su merced los polvos, y ojalá se muera en menos tiempo que lo estoy diciendo.—Voy á darte gusto al momento.

Con efecto D. Hermójenes se llevó á su discípulo á otro cuarto, donde no sabemos lo que sucederia, pero juzgando piadosamente creemos que le haria u a larga esplicacion á su modo del revoltillo de ideas, que en su cabeza tenia. Al cabo de una hora sacaron del misterioso cuarto un ataúd, en el cual se colocó lo mas cómodamente que pudo el veterano, diciendo que pronto moriria, puesto que ya habia tomado el funesto papel de arsénico. Déjame morir con descanso Blas, retírate, y hazme resucitar dentro de veinte y cuatro horas. A Dios, solo te encargo que no te equivoques en la operacion, y me quede muerto de veras, y para siempre.

Blas se retiró con curiosidad de saber en lo que pararian todas aquellas cosas.

(Se concluirá.)

## EL INFIERNO.

Á D. RAFAEL GARCIA ANTON DE LOVERA,  
á quien la dedico, quiera ó no quiera.

Era una noche de pavor cubierta,  
noche terrible cual tu pecho helada,  
tétrica noche de pesar nutrida,  
noche maldita de dolor y aciaga.

Prófugo, errante, despechado, inquieto,  
vagaba sin cesar por las montañas,  
huyendo de este amor que es imposible  
y que lacera sin piedad el alma.



Huyendo de tu lado iba perdido,  
con el pecho oprimido en duras ansias,  
olvidarte no pude, que una fuerza  
y poderosa, invencible, me arrastraba.

Y al par que mi teson crecia el suyo  
y era tan grande su atractiva mágia,  
que sucumbia, sin luchar, exánime,  
y te adoraba con mayor constancia.

Allí en mi soledad verte creía  
tan seductora y con belleza tanta,  
que ciego te adoraba en mi delirio  
postrándome de hinojos á tus plantas.

Allí como á una Diosa, reverente,  
inmensa adoracion te tributara;  
pero una realidad de mi creencia  
me dió á probar la hiel por mi desgracia.

Te alejaste de mi sin escucharme  
volviendo esquiva tu nevada espalda,  
tratando con desprecio mis afanes,  
y entonces ví el error en que me hallaba.

Te ví ingrata y cruel, no lo creyera,  
henchida con tu orgullo y arrogancia  
despreciando á los míseros reptiles  
que á veces hieren y en silencio matan.

Mas yo te amaba con delirio insano,  
y el alma inerme sucumbia esclava,  
y el ficeo desamor tuyo, querida,  
mayor vigor y fuerza dió á mi llama.

Sin consuelo allí al fin con tus rigores,  
de mi dicha perdiendo la esperanza,  
al infierno llamé con voz de trueno  
y sus puertas abrió luego á mi instancia.

Horrible sima ante mi vista abierta  
por fin se presentó; la sangre helada  
en mis venas quedó, y mi boca trémula  
un grito de terror lanzó al mirarla.

Iacuerdo me paré: cobrando al cabo  
valor para seguir, llego á su estancia  
y á los bordes me hallé, medí su abismo,  
y de horror me cubrió su vista aciaga.

Luchando y reluchando le creía  
muy bello comparándole á tu infamia;  
que si horror me inspiraba el precipicio,  
mi pecho tu de-den mas le desgarras.

Todo un volcan en mi interior tenia,  
el fuego del infierno era una lava,  
y osado me arrojé en él penetrando  
por su escabrosa y colosal garganta.

A su fondo bajé; mil esqueletos  
salieron á mi vista cual fantasmas  
tendiéndome sus manos ateridas  
y pinchando mi cuerpo con sus garras.

Allí mil sombras en redor vagando  
y mil cráneos rodando, sus quijadas  
chocando, ensangretados con fiereza,  
miedo, espanto y asombro derramaban.

Y legiones de furias infernales  
mi cuerpo destruian con tenazas,  
y con ascuas ardiendo me cubrian,  
y mis brazos y pies descoyuntaban.

Y todo era sufrir, todo tormento,  
sin que á nadie mi suerte le apiadara:  
á cada; ay! que exhalaba en mi quebranto

sus tormentos infieus redoblaban.

Ya no pude luchar con mi tortura,  
que era cierto el dolor, mi pena estraña,  
y dable no me fué sufrir mas tiempo.....  
y al gritar otra vez todo cesára.

.....  
Pesadilla cruel! aun se me agita  
el pecho de terror al recordarla,  
y el miedo se apodera tenebroso  
del alma que lo sufre resignada.

Ese infierno acabó; fué un sueño todo,  
sueño que ahora en realidad me pasa,  
que si fué pesadilla aquel infierno,  
despierto como estoy, otro me aguarda.

Este infierno que miro y me rodea  
escede á aquel infierno sin falacia,  
pues aquel como sueño ha transcurrido,  
mas este como cierto no se acaba.

Es mi pasion la ceguedad funesta  
que al negro abismo, sin querer, me arrastra:  
los celos mi locura que con ella  
me arrojan con furor en su morada.

Tu esquivas el infierno que me acosa  
robandome quietud, bien y esperanza;  
y este infierno es atroz, aun mas horrible  
que el otro que en mis sueños me forjaba.

Y mientras duren del amor los celos,  
mientras escuches mi clamor, tirana,  
te podras figurar lo que padezco  
abrigando este infierno que me abrasa.

MOTEZUMA.

## EN UN ALBUM.

Fácil me fuera con mi triste lira  
cantar tus gracias ó cantar mi amor,  
que la hermosura y el amor inspira  
la mente del sentido trovador.

Fácil llamarte la encantada rosa,  
gloria del suelo fértil Andaluz,  
y que tus ojos con su luz hermosa  
prestan á el cielo su brillante luz.

Y comparar tambien con tu mejilla  
de la aurora el divino rosicler,  
y llamarte la reina de Sevilla,  
y ensalzar de tus gracias el poder.

Mas tengo un pensamiento que domina,  
que hace latir el triste corazon,  
pensamiento traidor que me fascina  
destruyendo mi ardiente inspiracion.

Tal vez un dia mirarás mi nombre,  
y á el encontrarlo para mí tendrás  
solo el recuerdo de que existe un hombre,  
solo un recuerdo... para mí no hay mas.

Que envidiados felices trovadores  
tendrán la dicha de gozar tu amor,  
y do ellos hallan aromosas flores  
espinas solo encontraré en mi ardor.



Vivan dichosos los de tanta gloria:  
y sean los versos que grabé en mi afán  
una página más para la historia,  
donde tus gracias esculpidas van.

I. GARCIA A. DE LOVERA.

## ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

### UN CÓMICO.

Ya que me ha dado la maldita idea de escribir artículos de costumbres, no crean mis lectores que voy á hablar de ningún cómico particular, por más que las propiedades *sine qua non* que más adelante apuntaré retraten á alguno que conozca; ni menos que es mi intención hablar de los cómicos buenos (á los cuales puede que toque otro día su San Martín), pues todos saben que los artículos de esta especie se fundan en generalidades; y por cierto en verdad que los cómicos buenos son excepciones de la regla común. Voy á hablar, pues, amorosísimo y diletto lector, del cómico que no es cómico; esto es, de todos los cómicos.

Imaginaos un chico que mal aprendió en la escuela á leer y á escribir, y que su padre, zapatero de profesion, pero honrado; esto es, una virtud zapatera, tuvo empeño en que el muchacho no dejase de tener estos conocimientos preliminares, siquiera para que le llevase la cuenta de lo gastado en suelas, cordoban y becerro, y el libro corriente de deudas á favor del establecimiento, mientras que aprendía á hacer costuras, echar remontas y cortar babuchas. El tierno padre había medrado en su distinguida profesion, haciendo un maestro de provecho, vulgo artista de obra prima; y así queriendo perpetuar en la casa el blason de la zapatería, se hallaba empeñado en que el chico siguiese esta carrera. El hijo, por su parte, no se sentía más inclinado á seguir los consejos de su padre que á entrar de fraile en un convento; pero convencido por las suavísimas razones con que á su padre se le antojaba á veces insinuarse en el ánimo del jóven con una docena de cariños de tirapiés, se iba resignando al paternal empeño; con tanta más razón, cuanto que se había persuadido de que nadie conocería su interés mejor que su buen progenitor, y por aquello de que cuando el cura lo dice estudiado lo tiene. Los domingos, sin embargo, cuando salía á paseo con los oficiales con su chaqueta blanca, su sombrerito de alcuza y su chibata en la mano, mientras que á otros se les antojaba ir á pasar la tarde á la lotería de cartones, ó á los caballos movibles de madera, él, que había picado más alto, se encaramaba en una gradilla de Misericordia para recrearse con la brillante representación del Moro Tarfe, la Quinta de Paluzi ó los asesinos de la Calabria. Estas periódicas recreaciones formaban el gusto de nuestro privilegiado jóven; el cual como se hallase suficientemente instruido en las cualidades de un aficionado al verso (palabra técni-

ca) pues sabía, como hemos dicho, leer, escribir, y hacer zapatos, y tenía además un pulmon regular, cinco pies y seis pulgadas de estatura, y un si es no es de gallarda fisonomía, juntó una compañía entre varios amigos para hacer varias comedias, y sobre todo dramas románticos, que era su fuerte. Perico el barbero, Blas el hijo del cocinero, Ignacio aprendiz de botinero, Mateo el cajista, y por último Lucencio, el ayudante de escuela, eran los primeros actores de cada carácter; mi hombre ya se deja entender que no sería de los últimos, como quiera que había sido el inventor de la compañía. Faltábales una dama por lo menos, como quiera que los autores dramáticos no han dado todavía en la flor de hacer comedias sin mugeres, si se exceptua la nunca bien ponderada tragi-rapsodia de la Virtud triunfante, y alguna otra; y en este apuro, Juanito (que es el nombre de nuestro amable protagonista) halló fácil remedio. Era Rosita una ribeteadora marisabidilla de su casa, que había tenido la suerte la primera de inspirar á este nuevo Talma las teorías del amor, inculcándole unas ideas tan, tan, tan.... como diré yo? tan extravagantes sobre este punto, que unas veces era Oscar, otras Otelo, otras el Bruto de Babilonia; ella, que tenía una mirada altiva, pero tan estudiada y cargante que podía muy bien distinguirse aun al través de un tupidísimo velo, un suspirar violento y hondo, la penetrante actitud de estender toda la mano debajo del pecho izquierdo, y una marcha gravemente visible y compuesta: ella era la Raquel de aquella nueva reunion de artistas célebres. Era llegado el critico momento de escoger pieza; valiéranles más á fé haber cogido el arado, que no es chica pieza también, y oportuna para ellos; ¿pero quien domina una voluntad firme y constante? ¿quien es capaz de desviar de la senda de la gloria y de la inmortalidad á un jóven que dice, enarcando el cuello, ahuecando la voz y formando con los pies un angulo obtuso, junto con la favorita idea de la manita derecha sobre el pecho, y lanzando en derredor miradas de fuego «quiero ser comico?» Eso sería poner una pica en Flandes.

(Se continuará.)

### CHARADA.

Mi primera con la quinta  
en los viejos lo verás;  
y la segunda con ésta  
en el agua encontrarás.  
La tercia con la primera  
indican cierto defecto  
que la muger que lo tiene,  
nunca vive con contento.  
La primera con la cuarta  
se toma por diversion,  
ya uno solo, ó ya en union,  
de su compañera Marta.  
Y es mi todo un apellido  
español, si bien no es  
de todos muy conocido.

ANTONIO MARIA LOPEZ Y RAMAJO.

Córdoba: Establecimiento tipográfico de Garcia y Mante, calle de la Librería núm. 2.